

Todas estas cuestiones, que se hallan coimplicadas al tratar el asunto de la imagen divina en el hombre, son desarrolladas con gran claridad en el libro que reseñamos. Ello, unido a la profundidad del tema, otorga un mérito preciso a la autora del libro

María Jesús Soto

Fernández Burillo, Santiago: *El misterio del conocimiento. Jaime Balmes y la "Filosofía Transcendental"*, Balmes, Cuadernos de "Espíritu", Barcelona, 1993, 160 págs.

En la presente obra, el Dr. Fernández Burillo, hace una exposición innovadora y muy documentada del pensamiento de Jaime Balmes en lo relativo al tema metafísico por antonomasia: el conocimiento. El libro, además de ser original, riguroso y profundo, se nota que está escrito por un verdadero "amante de la sabiduría" que nos recomienda "volver a leer a Balmes". "Que su lectura, afirma, haya caído en desuso en los últimos tiempos, entre quienes se preparaban para la vida académica, es todo un síntoma revelador de cómo está la vida académica". Con esta profunda convicción comienza la aventura de una investigación que está destinada a "tocar fondo".

Página tras página, dialoga el autor con Suárez, Descartes y Kant y con la tradición aristotélico-tomista sobre la esencia del conocimiento. La tesis central del libro es que hay en Balmes una genuina y original "Filosofía transcendental del conocimiento" que se opone radicalmente al transcendentismo inmanentista del Racionalismo. La pieza clave es el "*instinto intelectual*", gracias al cual recupera Balmes la noción clásica de *naturaleza*. El autor pone de manifiesto reiteradamente lo mucho que debe el filósofo de Vic al suarismo, así como la ausencia en su filosofía de las estructuras acto-potenciales.

El libro está dividido en seis capítulos. En el primero se expone el planteamiento general del libro y su tesis fundamental. El autor pone de manifiesto que la obra balmesiana tiene una doble finalidad: 1) Contra la Ciencia transcendental es *polémica* y pretende demostrar la existencia de una *principio primero* del conocimiento y del ser (*vía ascendente*). 2) La segunda finalidad es doctrinal: establecer sólidamente el edificio del saber humano, uno de cuyos cimientos es el *instinto intelectual* (*vía descendente*). Balmes ha encontrado en el *instinto intelectual* el punto fuera del *sistema* para enjuiciar y superar el criticismo, y retorna, mediante la recuperación del concepto de *naturaleza*, a un realismo confrontado con el Idealismo Transcendental.

El segundo capítulo trata de responder a esta cuestión: ¿Existe una verdad de la cual dimanen todas las otras? La respuesta, en su parte negativa, es el rechazo del Idealismo lógico; y, en su parte afirmativa, es la demostración balmesiana de la existencia de Dios a partir de la inteligencia creada.

En el tercer capítulo explica cómo, a pesar de que Balmes se acerca a la teoría tomista del *verbum mentale*, según la cual todo entender conlleva un causar interior, que es *decir*; sin embargo, su doctrina es esencialmente suarista. En el siguiente capítulo titulado "La Verdad que ilumina" se expone la

"prueba" balmesiana de la existencia de Dios como Fundamento y Autor de nuestro conocimiento.

El camino de la *vía descendente* se recorre en el capítulo quinto en que la filosofía cartesiana es criticada en profundidad.

Al final, el autor hace un diagnóstico de la cultura occidental. Aboga por una filosofía que admita sin complejos el misterio que habita en el interior del conocimiento, por una filosofía que busque una verdad que pueda ser vivida y que reconozca que "la sencillez es el carácter de la verdad". "Sea éste, concluye Fernández Burillo, nuestro mensaje definitivo: al misterio sólo cabe acercarse con espíritu de aceptación y respeto. Y, por eso, a toda la humanidad quisiéramos decirle, en nombre de la razón, que: *quien no adora a Dios, no respeta al hombre*".

Carlos Goñi Zubietta

Hoche, H-U.: *Einführung in das sprachanalytische Philosophieren*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1990, 250 págs.

Esta "*Introducción al filosofar analítico-lingüístico*" pretende localizar un sentido del método analítico que sea común a todas las disciplinas filosóficas, como si fuera un nuevo *Órgano* o una nueva *teoría de la ciencia* con un valor simplemente instrumental, sin por ello comprometerse con una determinada filosofía primera, o con una ontología. De este modo se rechazan las críticas de *unilateralidad*, o de simple *verborrea*, que con frecuencia ha recibido este método en el ámbito alemán, para poner de manifiesto como aporta un método capaz de ilustrar acerca del *sentido* y del *valor* de la experiencia, sin por ello olvidar su carácter histórico, práctico y en estado de revolución permanente. Por otro lado, las transformaciones ocurridas entre los dos períodos de Wittgenstein y el posterior paso a Quine, tampoco ha supuesto una ruptura insuperable, o una "superación" de planteamientos erróneos, como recientemente ha afirmado Koppelberg, sino más bien una simple profundización en los presupuestos éticos y ecológicos que, como sugirió Peirce, ya estaban contenidos en el propio principio de verificación. Finalmente, se acude a la filosofía del lenguaje ordinario de Austin, Searle y Hare, para mostrar las virtualidades de este método analítico para establecer una clara separación entre las contradicciones formales, semánticas y estrictamente pragmáticas; o entre el sentido, el sinsentido y la simple contradicción; o entre lo posible, lo representable y lo irrepresentable; o entre el alma y el cuerpo. De todos modos el autor pretende dar un tratamiento *unitario* a planteamientos que tienen muy distintas procedencias y que, al menos en el caso de Quine, se reconocieron como en sí mismos *inconmensurables* y no simplemente *complementarios*, como ahora se pretende decir. Sobre todo cuando se rechazó la referencia a una lógica común y a un lenguaje ideal unificado en nombre de unos *compromisos ontológicos* claramente antiesencialistas y contrarios a cualquier tipo de *filosofía primera*.

Carlos Ortiz de Landázuri